

vuestro himeneo, la cruz, el altar en el cual vais á pronunciar vuestros juramentos: vuestros vestidos están de más para un esposo de dolor y de sangre; que os los arranquen, tendeos sobre vuestro lecho; prestad vuestros pies y vuestras manos para que os las claven.... y ahora, soldados, levantad la cruz.

La cruz se levanta cargada con la víctima y parece decir al mundo: *Ecce sponsus*. ¡Ved ahí al esposo! Pero en qué estado, ¡oh, gran Dios! Las espinas que ciñen su frente son su corona, los clavos que atraviesan sus miembros son sus adornos, la sangre que cubre su desnudo cuerpo es su manto nupcial. Todo está dispuesto. ¿Pero dónde está la esposa? Tiene miedo, se esconde. Sin embargo, cerca del altar y del templo está representada por un apóstol sacerdote que acaba de aprender el ofrecer á Dios el sacrificio que piden su majestad infinita y su rigurosa justicia, por una Virgen Madre, que consiente heroicamente en la inmolación de su hijo, por una desolada pecadora que llora sus faltas cerca de la víctima del pecado. Basta con esto. El sacerdocio, la inocencia, la penitencia, ¿no son la Iglesia completa? Juan, María y Magdalena, pueden contratar en nombre de todas las generaciones presentes y futuras. *¡La hora ha llegado!* Ha llegado ya su último y solemne momento: miremos y escuchemos.

Desde lo alto de la Cruz, Cristo dirige su mirada sobre la humilde y tímida esposa, que eleva hacia Él sus ojos llenos de lágrimas, y de su boca secada por la fiebre del amor, se escapa un gran grito:—*Sitio*.—Tengo sed! Retiraos, verdugos, llevaos vuestro amargo breva; no es á vosotros á quienes se dirige el Salvador, sino á su esposa. «Tengo sed, amada mía, tengo sed de todas las miserias que te deshonran, y por las cuales sufres desde que el pecado ha invadido la raza humana: yo las he tomado todas sobre mí, y con ellas me he crucificado para librarte de ellas. Tengo sed, amada mía, tengo sed de las almas; quiero inmensas multitudes de ellas, para poblar mi cielo, y deseo que tú seas su madre. Tengo sed, amada mía, tengo sed de tu amor: lo quiero todo entero y para siempre. Dámelo, yo te lo ruego, dámelo en cambio de aquel que te he profesado desde toda la eternidad. Tengo sed de unirme á tí; yo te tomo por mi esposa; ¿me quieres por tu esposo?»—Y la Iglesia, sumida en llanto, del fondo de su dolorido corazón, contesta un trémulo *sí* que nadie oye, pero que hace estremecer al agonizante esposo, quien con voz vibrante

exclama:—*Consumatum est*: ¡Todo está consumado! Y he ahí que la sangre brota de la frente, de los ojos, de los pies, de las manos del Salvador, de cada llaga que en su cuerpo hicieron los azotes; súbitamente brota un torrente de su corazón entreabierto. Es el rocío misericordioso, es el río expiatorio del cual sale la Iglesia santificada; es la divina semilla, que debe pasar de su seno á los sacramentos, y engendrar una nueva humanidad. La Iglesia ha realizado su unión fecunda. ¡Todo está consumado! Cristo, en el colmo de sus sufrimientos y de sus deseos entrega su alma en las manos de su Padre y profiere un gran grito: grito doloroso y triunfante que hace vacilar al mundo entero. El sol se cubre, tiembla la tierra, rájanse los peñascos, se abren las tumbas y se rasga el velo del templo: pero en medio de ese duelo universal, los invisibles coros de los ángeles, agrupados al alrededor de la cruz, cantan el epitalamio, que después de ellos ha de repetir el Apóstol: *Cristo ha amado á su Iglesia y se ha sacrificado por ella*.

### § III

#### CÓMO DIOS HA BENDECIDO LAS BODAS DE CRISTO Y LA IGLESIA.

Cristo se ha entregado, el esposo ha muerto. ¿Así bendice Dios las bodas de su hijo? Nada de reproches al cielo. El esposo se ha dormido tan sólo un instante en la muerte, y no tardarán en mostrarse las maravillosas bendiciones que Dios va á derramar sobre su unión.

Saliendo glorioso del sepulcro, Cristo va á consolar á su esposa, á alegrarla con sus apariciones, y completar las celestiales confidencias que había empezado con ella, cuando era sólo su prometida. Su íntimo é ingenioso amor sabrá conciliar la promesa que le ha hecho, de permanecer junto á ella hasta la consumación de los siglos, con la misma obediencia que debe á su padre, cuya voz le llama á los cielos. Deja la tierra, y aunque con su ascensión gloriosa se oculta á nuestros ojos de la carne, permanece con nosotros: y permanece, por los inolvidables recuerdos de su vida mortal, por su doctrina, por la inagotable virtud de sus méritos; permanece, por la perpetua renovación de su sacrificio en los altares, por su permanencia noche y día en los ta-

bernáculos, por la constante acción de su amor hacia la esposa amada, con la cual se ha unido por el dolor y por la sangre. La primera prenda, la prenda suprema de este amor, es el amor mismo, el Espíritu Santo, que la Iglesia recibe en el Cenáculo, y que el esposo le envía *para que viva eternamente con ella* (18).

Los adorables designios que resolvieron las sangrientas bodas de Cristo, se cumplen en su Iglesia y se desarrollan en su vida casi veinte veces secular. Él quería una Iglesia *gloriosa*; Ella lo es más que todas las sociedades humanas que se han sucedido desde el origen de los tiempos; cada día se la ve crecer; invade el mundo y puebla el cielo recibiendo por todas partes la corona de sus grandes obras y de sus heroicas virtudes. Él quería una Iglesia sin *arrugas*, y no hay una siquiera en su rostro real. El tiempo que gasta y deforma todo lo que vive, no ha alterado ni el esplendor ni la pureza de los rasgos de la verdad y de la justicia, que constituyen su divina hermosura. Ella siempre joven y llena de vitalidad, y si se observa algún cambio en su fisonomía, es la expansión progresiva de lo verdadero y de lo justo. Cristo quería una Iglesia *santa*; Ella lo es tanto como permite una naturaleza frágil, cuyas enfermedades no se curan sino en la eterna é inalterable vida de los cielos. ¿Qué importa que el lodo de nuestras miserias y nuestros pecados manche su vestidura? Dios no permite que la corrupción se apodere de su cuerpo, y mucho menos que penetre hasta su alma santa; cuando es preciso, corta los miembros que la deshonoran y comprometen su existencia y los reemplaza con otros más sanos y más vivos y en el santuario íntimo en que vive su alma, en la que recibe las confidencias de su esposo, *la Iglesia es siempre santa é inmaculada*. Los frutos de las bodas sangrientas del Salvador y las pruebas de su amor son su santidad, su gloria, su perpetua juventud y ¿por parte de la esposa amada? ¡El amor puro, fiel, paciente, abnegado, iluminado y dirigido siempre por la gracia! ¡Oh! qué santo amor!

La Iglesia, tan amada por Aquel que la desposó en el dolor y en la sangre, después de mil novecientos años, no ha cesado de prodigar los testimonios de su humilde y amorosa sumisión. La Iglesia ha difundido por el universo entero la gloria de su nombre, ha vigilado con solícito cuidado la integridad de su doctrina, ha trabajado con infatigable ardor para el acrecentamiento de su

culto y la imitación de sus perfecciones; con sus homenajes y sus virtudes, ha consolado á su esposo de [la impiedad y la corrupción del mundo; le ha dado legiones de hijos que pueblan el cielo, y que la humanidad cristiana adora en los altares: Ella ha soportado con admirable paciencia los misteriosos abandonos que parecen entregarla á los furiosos del infierno, y bajo la espada de los perseguidores y los azotes de la penitencia le ha devuelto sufrimiento por sufrimiento, sangre por sangre; y en medio de las tribulaciones que aún hoy día atraviesa, se la oye repetir la exclamación de sus primeros tiempos: *¿Quién podrá arrebatar-me el amor de mi Cristo?* (19)

¡Ah! Hay hombres á quienes molesta la unión de Cristo con la Iglesia, quienes con astucia ó con violencia quisieran romper la cadena de amor y fidelidad que une á la humanidad regenerada, con su divino Salvador. ¡Vanas cóleras y vanos esfuerzos! Cristo lo ha prometido: *el hombre no puede separar lo que Dios ha unido* (20).

¡Este misterio es grande! Adorémosle con sentimientos de profundo recogimiento, porque somos los hijos dichosos de la unión sangrienta de Cristo y su Iglesia: tomemos parte en la gloria de la esposa, porque al engendrarnos nos ha hecho miembros de su cuerpo, y por la vida de la gracia formamos parte de su purísima y santísima alma.

¡Este misterio es grande! Tomadle como á ejemplo los que con el matrimonio habéis unido vuestra vida con otra vida; maridos, amad á vuestras mujeres como Cristo ama á su Iglesia; mujeres, sed sumisas á vuestros maridos como la Iglesia lo es á Cristo su Señor; imitad su unión con un dulce y perpetuo cambio de respeto, de protección, de amor, de cuidados y de abnegación.

Y vos, adorado maestro, generoso y fiel esposo, bendecid las uniones terrenales de vuestros hijos; perfeccionad y santificad su amor. Purificad su espíritu de las preocupaciones y de las falsas ideas que alteran la verdadera noción del matrimonio, y hacédles comprender la santidad del sacramento, del cual son á un tiempo los sujetos y los ministros. Apartad su amor de los lazos del apetito carnal y de las ilusiones de la fantasía, y hacédles amar la única hermosura que no se marchita: el sello de vuestra perfección y el esplendor de vuestra gracia en el alma huma-

na; infiltrad en su corazón el gran deber de la fidelidad, y cerradlo á las influencias enemigas que le invitan á recobrar una libertad, de la cual no es dueño.

Dadles fortaleza para soportar con paciencia las inevitables contrariedades de la vida común, y este generoso ardor de afecto que estrecha los lazos del amor y funde los corazones en la inseparable unidad de la caridad divina.

Mostradles el objeto sublime de la educación que deben dar á sus hijos; librad el amor de los padres y de las madres de las ilusiones, de las debilidades, de las negligencias, de los desacuerdos, que podrían comprometer su autoridad en el gobierno de la familia. Inspiradles en la elección de los maestros que deben continuar en sus hijos las religiosas tradiciones del hogar, y confortadles en sus resistencias á leyes injustas que desconocen sus derechos sagrados de generadores y de poseedores.

Hacedles comprender, que para protestar con eficacia contra las maquinaciones enemigas que amenazan los hogares cristianos, y para salvar la santa causa del matrimonio y de la familia, se necesitan hoy algo más que virtudes vulgares y fidelidades vacilantes; que para preservar á la sociedad conyugal y á las sociedades humanas de una universal corrupción, es necesario multiplicar las uniones en las cuales entre de lleno la gracia, en las cuales el amor natural reciba todas sus perfecciones, y el santo amor y el reino de Dios penetre en todas las almas.

Por último, cread una sublime armonía entre Vos y ellos, á fin de que pueda decirse del matrimonio cristiano como del vuestro: *Ests sacramento es grande. SACRAMENTUM HOC MAGNUM EST.*



## EPÍLOGO

### Un tipo de esposa y de madre cristiana.

Nació en una ciudad de Africa, en el seno de una familia cristiana, el año de gracia 332; se llamaba Mónica. Cuidada con amor por sus padres, creció en el hogar doméstico, como una planta escogida en tierra fértil, en la cual el sol y el rocío alternan sus beneficios, donde no hay sino brisas saludables, y donde manos solícitas apartan á cada momento á todo enemigo de la hermosura y de la vida.

«Jamás planta alguna, dice un biógrafo contemporáneo, se vió más pronto coronada de flores y frutos, que esta santa niña.» A la edad de los juegos, gustaba ya de conversar con Dios, y en su amada presencia, olvidaba fácilmente todo lo que es el encanto de la ligereza de la infancia. La oración le era tan familiar, que aun durante la noche se levantaba á escondidas, para recitar las oraciones que su madre Facundia le había enseñado. Amable con los pobres, los esperaba en el borde del camino, y los conducía á su casa para lavarles los pies. Su corazón era dulce, tierno y pacífico, como su carácter firme, enérgico y resuelto. Unía á estas dotes, embellecidas por la gracia de Dios, un espíritu elevado, profundo, penetrante, capaz de las ideas más sublimes, comprendiendo el germen de este genio, que debía ser San Agustín. Todas estas cualidades, cubrialas como con un velo la modestia de la